



La Lectura Popular

AÑO XXII.

Orihuela 1 de Octubre de 1903.

Núm. 483

UN HÉROE CRISTIANO

Hablábamos de la guerra de Cuba cuando entró el coronel X que había hecho toda la guerra pasada en la isla, ganándose sus empleos y condecoraciones en otras tantas batallas.

—Mi coronel,—dijimosle á coro—cuéntenos V. algún episodio de sus campañas de Cuba; así nos formaremos idea de lo que ahora sucede allí.

—Eso es difícil. Tendría que hablar mucho y no estoy de humor. Os referiré, sin embargo, un episodio que es para mí de esos recuerdos íntimos que forman época en la vida de un hombre.

Y el coronel habló en estos términos:

—En 1875 era yo capitán, y comandante ó gobernador de uno de los muchos fuertes que manteníamos en la provincia de Santiago de Cuba. Mi castillo era poco más que de naipes; mirado por fuera parecía una choza, ó un bohío, que dicen en América. Campeaba sobre una loma que los ingenieros habían desarrollado, pero en la que crecía la manigua á despecho de todos nuestros esfuerzos y trabajos. Al pie de la colina corría un torrente de aguas verdosas entre manglares espesísimos, y al rededor se dilataba el bosque exuberante, magnífico, amenazador y sombrío, asilo, fortaleza y cómplice de los enemigos de la patria. Aquel imponente desierto, cubierto de majestuosísima vegetación, extendíase á muchas leguas á la redonda; el poblado más próximo distaba siete leguas. En el fondo de la espesura tenían los mambises sus campamentos.

La guarnición se componía de sesenta valientes muchachos, un sargento, un alférez y yo que los mandaba á todos. Llevábamos cinco meses en aquel endiablado destacamento; no recibíamos sino muy de tarde en tarde noticias de la Península y de las ciudades de Cuba, y más de tarde en tarde aún pasaba por allí alguna columna que se llevaba los heridos y enfermos y nos dejaba municiones de boca y guerra. A pesar de todo, el humor de los soldados era excelente; había entre ellos un tocador de guitarra *der mismo Cáiz* (como decían ellos), y *dos cantaores* del mismísimo Triana. Tenían jaleo todas las noches. Los mambises se acercaban, entre las sombras, hacia las paredes del fortín, y unas veces hacían fuego y otras cantaban coplas; los nues-

tros respondían, ora con canciones, ora con disparos. Andaba por allí un mambís que se las echaba de fino cantador de guajiras, y desafiaba en este terreno á los *patones* que se arrancaban por *peteneras* y *soleares*; pero los trianeros demostraban al hijo ingrato de España, que lo mismo en el canto que en el combate, vale más un peninsular que un criollo, ¡Cuántas veces se cruzaban los *olés* y los *echa otra*, á través de aquella pared levantada por la guerra, demostrando las inevitables conexiones de raza, las ineludibles imposiciones del común origen, mientras que la luna derramaba sobre aquel bosque tropical, de una magnificencia augusta, su claridad fantástica, convirtiendo los árboles en gigantes de forma vaga, de contornos indecisos que hundían la frente en el azul firmamento, de una pureza infinita, propia de las noches americanas!

Los que nos aburríamos sin compensación, éramos el alférez y yo, á los que la disciplina imponía hacer rancho aparte de los soldados. El alférez, especialmente, se daba á todos los demonios; era un tipo grosero en las formas y más grosero aún en el fondo. Procedía de la clase de tropa, y alardeaba de impío, de revolucionario y de masón, por lo que venía á ser *hermano* de los *...* de los cabecillas que andaban por aquellos contornos. Pero se las echaba de gran patriota, afectando un odio encarnizado á los rebeldes, lo que demostraba refiriendo diferentes episodios de la campaña en que había hecho fusilar á cuanto mambís cayó en sus manos.

Una tarde entró el alférez á darme cuenta de lo ocurrido, y dijo:

—El soldado Gómez está en el calabozo.

—¿Y qué ha hecho?

—¿No recuerda V. al soldado Gómez? Es ese beato que nos trajeron la semana pasada. No me gustó desde el principio.

Y hoy le he cojido en un rincón de la cuadra con otros cuatro, cuchicheando en voz baja... Según dijeron estaba rezando el Rosario. Gómez había seducido á los otros.

—Pero, ¿si rezaban efectivamente el rosario?...

—Esto demostraría que Gómez es un carlista, y que está conspirando para entregar el fuerte á D. Carlos.

—No pase V. cuidado por eso. D. Carlos está muy lejos, y para maldita la cosa le serviría este fuerte.

Llamé á Gómez. Se me presentó un muchacho alto y fornido, blanco y rubio, de ojos azules que miraban dulcemente.

Le interrogué y me contestó:

—Mi capitán, efectivamente, estábamos rezando el Rosario. Yo estudiaba para cura; la quinta me sacó del Seminario, y he venido al servicio.

—A rezar ¿he?—le interrumpí yo sarcásticamente.

—Y á batirme mi capitán. Ya he entrado en fuego seis veces.

—¿Con qué orgullo hablas, mojigato!—rugió el alférez.—Eres un iluso ó un pillito.—Y siguió ensartando tales insultos é improperios, que yo, para cortar aquella escena desagradable, mandé al soldado que se volviese á su calabozo.

Ya solos, quise reprender al alférez; pero he aquí mi falta: me dió vergüenza ponerme de parte de un soldado que rezaba el Rosario. El alférez ó no conoció mi debilidad, ó era un verdadero fanático con toda la cínica acometividad de los de su ralea, y dijo que con beatos no se hacían las guerras, y que con un hombre como Gómez se creía él vendido en el fuerte. Había hecho sus averiguaciones, y resultaba que Gómez ejercía el proselitismo; ya tenía embaucados á cinco ó seis camaradas que rezaban con él.

Esto, decía el alférez que deprimía el ánimo de los demás recordándoles las preocupaciones de sus aldeas sobre el infierno y el purgatorio, y quitándoles aquella alegría marcial que tanto sostiene y levanta la moral del soldado. El buen soldado—dijo el alférez resumiendo su discurso—vá de la orgía á la batalla, y muere blasfemando, con el fusil en la mano y una botella de vino en la mochila.

De allí á pocos días, en una salida que hicimos del fuerte, cojimos unas pipas de aguardiente de caña que nos abandonaron los insurrectos en su fuga. ¡Qué contento el de los soldados con aquella presa tan de su gusto! ¡Qué juerga se prometían para la noche! Y, en efecto, fué tremenda. Primero tocaron y cantaron, después bailaron, luego empezaron á proferir voces, tremendas, relinchos de caballo, ladridos de perros, rebuznos, mugidos y esos gritos inarticulados que sólo pertenecen á la humana imbecilidad ó á la demencia humana. Yo me incomodé, llamé al alférez y le ordené que impusiese silencio.

—Mi capitán, un día es un día;—me dijo—deje V. á los muchachos; llevan

muchas semanas de destacamento, y están aburridísimos. Algo hay que conceder a la juventud.

Por no tarifar con él, accedí á regafiantes. Y aún hice algo peor: beberme un vaso de caña que me ofreció.

A poco sentí un sueño invencible, y me quedé dormido. Profundamente dormido!

De repente oigo el estruendo de un disparo. Me pongo en pie sobresaltado; no oía nada: era completísimo el silencio. Pero á poco, otro disparo y una voz robusta que gritaba:

—¡Centinela, alerta! Soldados al muro! ¡El enemigo! ¡El enemigo!

Cojí mi revólver y mi espada, y me lancé al patinillo que era como la plaza de armas de mi pequeña fortaleza. La luz de la luna caía á plomo sobre el suelo terrizo, y á su dulce claridad ví en confuso montón á los soldados que dormían.

Quise despertarlos á puntapiés y sablazos; imposible: parecían cadáveres; estaban completamente borrachos.

Mientras tanto, arriba, sobre la muralla, sonó un tercer disparo y la voz de antes, en tono agudísimo, que gritaba:

—¡Pronto..... pronto!..... ¡El enemigo! ¡Viva España!

Veloz como el pensamiento, tomo la escalera, pero al tercer peldaño tropiezo en un cuerpo tendido. Otro soldado borracho—pensé—y le lancé un tremendo puntapié que hizo al cuerpo inmóvil estremecerse y lanzar un gruñido. Por el eco comprendí que no era un soldado, sino el alférez el que allí dormía la ignominiosa mona.

Subí y sobre la plataforma ó azotea, ví al soldado que gritaba y disparaba, y que no era sino Gómez. La situación era verdaderamente grave. Un enjambre de insectos se agitaba al pie del foso; habían puesto una escala que á la sazón yacía en el suelo del foso; oíanse quejidos y ayes en el fondo obscuro.

¿Qué había sucedido? Pues que los mambises se habían dejado coger las pipas de caña, quizá con algo en el líquido que aumentase sus efectos, y con la mira, que consiguieron, de que nos embriagásemos ó adormeciéramos todos. Tales estrategias son frecuentes en guerras como en la cubana, que es más bien lucha de zorros que de leones. Oyeron desde fuera los efectos de su trama, primero los gritos, después el silencio que anunciaba el colapso, no de un hombre, sino de un destacamento. Hasta los centinelas yacían como muertos. Entonces salieron del bosque, tendieron la escala y arriba.

Pero había en el fuerte un hombre que velaba. Como Druot en la retirada de Rusia, Gómez descansaba del combate en la oración. O quizá al observar el estado de sus camaradas le hizo permanecer de centinela voluntario toda la noche. El caso es que lo vio todo, y cuando los enemigos trepaban por la escala, aquel muchacho dulce, de ojos tranquilos y de mirar piadoso, atento al cumplimiento de su deber, obediente á los estímulos de su raza guerrera y de su profesión militar, corre al parapeto, aparta la escala, que cae al fondo con los asaitantes, dispara

y hace morder el polvo á media docena de enemigos.

Los momentos eran críticos. Los mambises, repuestos de la sorpresa, volvían á la carga; comprendían que era un solo hombre el que les hacía cara. Yo estaba como un loco.—«¡Gómez,—grité—espera ahí un momento, voy á despertarlos ó á matarlos!»

Bajé de nuevo y á sablazos y puntapiés conseguí poner en pie una docena de soldados. Los muchachos así que se recobraron, subieron á saltos la escalera. Yo iba delante, llegamos á tiempo... Los mambises habían vuelto á trepar; estaban ya en el parapeto; Gómez peleaba con ellos cuerpo á cuerpo. Y precisamente en el momento en que desembocábamos nosotros, caía Gómez.

Apesar de lo enormemente crítico de la situación, no pude resistir, y me acerqué á Gómez.

—¿Ya te han herido?—le pregunté.

No me contestó, pero se incorporó penosamente, murmurando.

—¡Jesús, María y José!... ¡Por Español!

Después se desplomó de golpe: estaba muerto.

Corrímos al muro y rechazamos al enemigo; los demás soldados y el alférez no despertaron hasta la mañana siguiente.

Al medio día enterramos á Gómez en el patio. Fue el sepelio con toda solemnidad; le quitamos su uniforme, y lo amortajamos envolviéndole en una bandera española porque aquel héroe era digno de esperar la hora suprema de la Resurrección con semejante sudario. Encontrámosle dos escapularios: uno de la Virgen del Carmen y otro del Sagrado Corazón de Jesús. El primero lo llevó á la tierra; con el segundo me quedé yo, y lo coloqué en un marco como preciosa reliquia en la plaza principal del fuerte. Por el suceso de aquella noche me ascendieron á comandante; pero lo realmente beneficioso para mí fue mi ascenso á cristiano. Desde entonces soy pecador, pero jamás ha flaqueado mi fe, ni me han vuelto á dominar estúpidos respetos humanos ni he dejado de ser público devoto del Sagrado Corazón y de la Virgen del Carmen.

—¿Y el alférez?—preguntamos todos.

—¡Qué sé yo! Jamás—repuso el coronel—volvió á manifestar sus ideas. Pude hacerle fusilar, pero lo perdoné, recordando á Gómez. Se convirtió en un hombre callado, melancólico, casi sombrío.

Después se marchó del fuerte y no he vuelto á saber de él.

EL PASTOR.

De *El Siglo Futuro*

GRAN VERDAD

Para todo es útil la piedad. Un buen cristiano es siempre un buen soldado, un buen padre, un buen esposo, un buen patriota.....

¿Por qué?

Porque, so pena de dejar de ser buen cristiano, ha de ser un hombre de bien que aspire á cumplir todos sus deberes con perfección.

¿Y quién duda que con hombres de esta clase es como todo marcha bien?

Si España hubiese tenido al frente de

su gestión civil y política, buenos cristianos, no se vería hoy sumida en un abismo de desdichas.

Esta es una gran verdad que salta á los ojos y que nadie quiere ver.

A. C.

SECCION INSTRUCTIVA

El secreto de la felicidad

Generalmente se oye decir:

—Esta vida es insostenible; no ganamos para disgustos; vamos de mal en peor, etc., etc.

Frases todas con que se denota la angustia de que se halla poseída una parte de la humanidad, y de que el mundo con todos sus gozos, pompas y vanidades no hace otra cosa que dar gato por liebre al que se sienta en las mesas de sus festines.

Desde luego hay que convenir en que este mundo es un valle de lágrimas en el que los míseros mortales sufrimos las consecuencias del pecado de nuestro primeros padres, y á nadie le debe coger de nuevas el que su estancia en la tierra vaya acompañada de las calamidades que Dios impuso como penitencia á la primera pareja humana en castigo de su desobediencia.

Engañanse, pues, miserablemente los que otra cosa se imaginan, y no hacen sino aumentar sus males los que corren tras los efímeros placeres que el mundo ofrece á los que le siguen. El ambicioso jamás verá satisfecho su afán de dominación; el avaro jamás hallará los tesoros con que sueña, y así sucesivamente cuantos se dejan arrastrar por el impetu de sus pasiones. ¿Qué hacer ante semejante conflicto? ¿Cómo contentar á nuestro cuerpo que nos pide gozos y al que sólo podemos dar sufrimientos?

Muy sencillamente, lector querido; porque la medicina, aunque otra cosa te parezca, la tienes al alcance de tu mano, y no necesitas más que alargarla para cogerla.

¿Te parece que me burlo de tus aflicciones y zozobra? Pues está atento unos breves instantes y ya verás cómo sales, cuando menos, aliviado del mal que te oprime.

La mayor parte de nuestras desventuras proceden de la desproporción que existe entre nuestros deseos y los medios de satisfacerlos, desproporción que puede resumirse en el símil de la media manta del pobre, que cuando se cubría las piernas dejaba al descubierto el tronco del cuerpo, y viceversa.

¿Y qué hacer en este caso? Pues lo mismo que hacía el pobre de la media manta. Encogerse cuanto podía, y de este modo era menor la parte de su cuerpo que quedaba al descubierto.

¿Tienes grandes deseos de brillar en el mundo? Pues encóge los hasta contentarte con pasar en él como uno de tantos, y la media manta de tu ambición, que apenas bastaba para cubrir una parte de tus aspiraciones, las cubrirá casi por entero.

¿Deseas tener mucho dinero para satisfacer tus gustos y caprichos? Pues encoge éstos hasta que se ajusten á tus medios de fortuna y no andarás desahogado. Y así sucesivamente en todos los demás casos.

Pero esto, dirán algunos, es condenarse á una vida de continuas privaciones y de padecer sin cuento, y para vivir de este modo es preferible morir.

Así razonan muchos mundanos engañándose á sí mismos, porque mucho más padece el que quiere y no puede que aquel que se conforma con lo que tiene. Porque en éste el sacrificio es de una vez, y dominada

VARIEDADES

LOS IDOLOS DEL DIA

En Treguier, pueblo de la república francesa acaba de levantarse una estatua á Renán, el célebre renegado autor de aquel tejido de mentiras y blasfemias que se llamó la *Vida de Jesús* y que como á Judas le produjo un puñado de metal.

La erección de la estatua izada, no por la mano de la católica Francia, sino de su masonónico Gobierno, ha causado en la nación vecina profundísima impresión; y en Bretaña, país natal del escritor apóstata, se ha publicado una hoja en la cual se le retrata de cuerpo entero dándole á conocer por donde se conoce á los hombres: por sus obras y sus palabras.

He aquí la hoja:

«¡ABAJO EL ÍDOLO!

A LOS BRETONES:

No hace todavía mucho, un ministro se atrevió, en plena asamblea nacional; á acusaros de no ser franceses... Esta fué la primera injuria. Se os quiere lanzar otra más, se intenta ofender vuestra fé y vuestro patriotismo, levantando entre vosotros, en la misma villa de Treguier, á la sombra de la antigua catedral de San Ibo, una estatua al apóstata Renán.

Dicen que porque fué bretón... No; no es verdad. Renán no tuvo de bretón sino el nombre. Todo lo que constituye vuestra gloria, todo cuanto amáis, la fidelidad á Cristo, el respeto de la familia, el sagrado amor de la patria, el heroísmo del pueblo, el cumplimiento exacto del deber, el culto de la virtud... de todo eso hizo burla Renán; de todo eso renegó.

Renegó de la Religión.

Renegó de los sacerdotes.

Renán no se contentó, como tantos otros, con olvidar las oraciones que su madre, una verdadera bretona, le enseñó de niño, sino que se levantó contra Cristo, contra el mismo Cristo á quien vosotros amáis y en memoria de cuya Pasión levantáis tan hermosos Via-Crucis públicos. En la *Vida de Jesús* amontonó mentiras y calumnias, falsificó la historia y truncó los textos, y no solamente manchó con su baba las páginas del Evangelio, sino que ni siquiera respetó—¡desventurado!—á la Santísima Virgen, á la amantísima Madre que habéis escogido por Patrona.

Y él, que comenzó á estudiar con los Hermanos de la Doctrina cristiana y que luego estuvo en el Seminario de Treguier; él á quien un Obispo, Monseñor Dupanloup, protegió y dió dinero, ¿sabéis lo que escribió de sus maestros? *Todos los curas son iguales. El mismo animal es la crisálida que la mariposa.*

Renegó de la patria.

El mismo dijo: *No hubiera podido ser sol-*

gado; de serlo, habría concluido desertando, ó suicidándome.

Durante el año terrible, en 1870, cuando los quintos bretones acampaban sobre barro ó nieve y no comían sino pan de salvado; cuando morían valerosamente en defensa de la patria, ¿dónde estaba Renán?

Tenía alegres y opíparas comilonas en casa de Brebant, aplaudía á Guillermo de Prusia y á Bismarck, soplandose buenas copas de Champagne, é iba de francachela en francachela, diciendo: *Perezca la patria; perezca Francia; por encima de ellas están el deber y la razón.* Ahí teneis al patrióta.

Renegó de la familia y de la moral.

En punto á moral, ved cuales eran sus principios: *Divirtámonos mientras seamos jóvenes. Despues de la alegre juventud y de la triste vejez, la tierra nos espera.*

He gozado tanto en esta vida que realmente no te go derecho para pedir una compensación en la otra.

Leed, leed estas palabras, que son la injuria más atroz que se ha lanzado contra el hogar doméstico: *En el matrimonio es necesario poder cambiar de bordada cuando cambia el aire del afecto ó del desco.*

¡Y si no hubiera sido más que licenciado!..

Pero quiso prostituir también su talento, y concluyó su vida escribiendo novelas obscenas, cuyos títulos son una vergüenza, por sí solos. Las últimas líneas que escribió son como el hipo de un sátiro demente, y su postrer gesto fué una pernada en honor del becerro de oro y de la voluptuosidad.

Renegó del pueblo y de Bretaña.

He aquí lo que osó decir en un banquete en casa de Brebant: *Prefero los aldeanos á quien se puede dar de puntapiés en el... que no los aldeanos como los nuestros á quien el sufragio universal ha convertido en nuestros amos, porque los aldeanos son el elemento inferior de la civilización.*

En otra parte escribió de ellos: *No los mejoréis de suerte, porque no les haréis más felices; no los enriquezáis, porque se harán menos fieles; no los molestéis enviándoles á la escuela de primera enseñanza, porque acaso perderán algunas de sus cualidades sin adquirir ninguna de las que dá la cultura superior.*

Aquí tenéis al demócrata; ahí teneis al filántropo.

¡ESE ES EL ÍDOLO!

El ídolo que hizo su fortuna blasfemando de Cristo y que jamás se acordó de los pobres de Bretaña para socorrerlos en sus necesidades.

A ese ídolo viene hoy á echarle incienso Combes, un sectario que, como él, colgó la sotana y que persigue á religiosas, á mujeres, después de vomitar contra ellas toda suerte de improperios.

También se ha publicado una poesía sobre el mismo asunto, que merece leerse. Se titula *La segunda muerte de Renán* y el

su voluntad por la resignación, ya goza tranquilo de la parte que le tocó en suerte, sin pensar en mayores y para él inaccesibles grandezas.

Pero esta resignación ¿cómo se adquiere? ¿Dónde se proporciona? ¿Cómo conseguirla?

¡Ah lector amado! Quien tal pregunta no conoce los tesoros que nuestra santa Religión ofrece para que el hombre viva en la tierra con una paz y una tranquilidad interior que da al alma que las posee una idea de la felicidad eterna que en la otra vida reserva Dios á sus escogidos.

El secreto de la felicidad de que el hombre puede gozar en este mundo, está escrita en la fiel observancia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, en la práctica de los Sacramentos y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

El que, por ejemplo, ama á Dios sobre todas las cosas, no andará desasosegado por la carencia de algunas ó de muchas de estas. Le basta saber que tal es la voluntad de Dios y hallará en las privaciones materiales ó en el sacrificio de sus pasiones, la dulce satisfacción de haber complacido al sér amado y la grata esperanza de que este sacrificio le hará merecedor de una eterna recompensa.

En la práctica de las virtudes halla el hombre, aun en este mundo, su recompensa, así como en la práctica de los vicios halla también su castigo.

Tomad dos hombres, uno que practique la virtud de la paciencia y otro que se abandone á los arrebatos de la ira. El primero, dueño de sí mismo, soportará con perfecta serenidad de espíritu todas las contrariedades de la vida; si se ve injuriado ó menospreciado aceptará con resignación estas pruebas; su mansedumbre acabará por rendir á sus más encarnizados enemigos, y él mismo se congratulará de haber dominado los movimientos de su carne y de su sangre al considerar las funestas consecuencias que pudiera haberle acarreado el dejarse arrastrar por ellos.

El colérico, por el contrario, se entrega á transportes de verdadera demencia al menor obstáculo que se opone á sus deseos. La menor observación la toma como atroz insulto, y tal suele ser su insana excitación, que á veces maltrata, hiere ó aun mata á su prójimo; or el más fútil motivo, labrándose un porvenir de infamia que puede llegar á terminar en muerte desastrosa.

Y lo mismo sucede con el que se entrega al pecado de la gula, ó al de la lascivia, pues en todos ellos se cumple la siguiente moraleja que deduce el fabulista de una de sus composiciones:

*Y así, si bien se examina,
los humanos corazones,
perecen en las prisiones
del vicio que les domina,*

Ved, por el contrario, lo que sucede á los que practican las virtudes opuestas á esos vicios. El sobrio, el continente, el humilde, el caritativo, gozan de las satisfacciones del bien que practican y de la tranquilidad de una buena conciencia; señores y dueños de sus pasiones, no quieren ni desean más que aquello que es compatible con los preceptos de la religión.

Si se ven atribulados ofrecen á Dios su tribulación y la aceptan en descuento de sus pecados; y como todo el que ama de veras participa de los gustos y aficiones del sér amado, el amor que profesan á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, les hace amables los trabajos y las privaciones y entran en los dominios de la paz y del descanso.

Lecturas Populares.

poeta hace hablar á la estatua del tristemente célebre renegado del modo que verán nuestros lectores.

La segunda muerte de Renán

I

Heme aquí de vuelta en este pueblecito de Treguier, como un niño extraviado á quien se lleva á su casa. ¡Ay! ¿Qué dirán de mí mis hermanos de sangre, cuando hace tanto tiempo que soy para ellos un extraño?

Las puertas de la iglesia se me cierran y ¡ay! mis hermanos quedan perplejos al verme. Aquí pasé mi infancia, niño dócil, respetuoso de la fe cristiana y las buenas costumbres.

Pero desde que me vi entre franceses, sentí que un mal sin remedio invadía mi alma. Me dieron á beber algo que me hizo perder la senda, y en seguida perdí también el amor de Dios.

El de la vanagloria y mi orgullo encendieron mi mirada; la ambición me abrasó la sangre, y para no tardar en ser conocido de todos, declaré la guerra á la divinidad de Cristo.

Sin compadecerse del pobre que no tiene aquí su esperanza, combatí ciegamente á la fé. ¡Cuántos, que me oyeron, la han perdido y, como bestias olvidadas, han muerto solitarios en su hogar!

Ahora, que estoy muerto, veo con claridad. Para mí que no hay renombre, ni fortuna, ni adulación. Mis obras, como la cosecha están ya cribadas y la cizaña separada del trigo.

Pero no han arrojado al mar las malas yerbas, sino que mis antiguos amigos las vuelven á sembrar aparatosamente. ¡que fruto producirá la maldita semilla! ¡Qué ira universal! ¡Cuanta maldición!

¡Vaya una labor la mía para producir el mal! Su peso encorva mis espaldas.—Sólo al daño que hizo debe Renán su fama; así es que los espíritus perversos le suben al pedestal

¿Qué debo hacer ahora? ¿Llorar ó reír? Para unos soy un sabio; para otros un charlatán. Oigo las maldiciones que estallan en derredor mío; por mí se han encendido la guerra civil en mi patria.

Heme aquí, levantado enfrente de la catedral por una muchedumbre de forasteros y algunos pocos compatriotas. Allí está entre las imágenes la de San Ibo, á quien todos honran, más yo permaneceré en mitad del camino sin que nadie me quiera honrar.

Nadie se acuerda de mí en mi tierra, aunque pensé que podía compararme á Dios; y, ante los antiguos santos de Bretaña, los hombres, dobladas las desnudas rodillas rezan hoy como rezarán mañana.

Pero nadie se arrodillará nunca delante de mí; cuando pasen por mi lado, todos se reirán burlescamente de mis hinchados ojos

y mis colgantes carrillos, y tan execrado seré muerto, como vivo.

¡Oh Jesús cargado con la Cruz y vencedor del tiempo! A pesar de mi ingenio, reinas en el altar. Yo, hombre pesado y craso, bajo á la tierra muerto, y tú, extenuado y pobre subes á la gloria.

Pensé destronarte; quitar á Dios padre su omnipotencia y ahogar todo lo sagrado en el desprecio, y sólo he conseguido encallar delante de la iglesia.

De aquí salí y aquí estoy otra vez. Me fui por mi voluntad y ahora vuelvo traído.—Y ya, cuando oiga el fúnebre tañir de la campana, Renán temblará porque su orgullo ha muerto.

II

Campanas, campanas queridas; campanas de Treguier, ¡callad por favor! No ceso de oír vuestras voces durante el día, ¡Oh, callad, campanas implacables.

Durante la noche oigo al mazo del reloj golpear las horas sobre el bronce; y aún no ha salido el sol cuando suenan tres campanas sobre mi cabeza.

Y hasta medio día continúa el fúnebre clamor y el doblar doloroso. Al anochecer, doblan de nuevo las campanas, y anuncian las horas hasta que vuelve á clarear el día.

Los domingos y días de fiesta las campanas mueven mayor estruendo. ¡Ay, pobre Renán!, no tienes más remedio que confesar que estás vencido.

Aun cuando las campanas callasen, me lo diría el ver á la multitud que sigue las antiguas costumbres y acude á la iglesia á orar.

Domina la iglesia á mi estatua; en la iglesia prevalece el rito cristiano, y ¡oh pena que excede á todo!, sobre la flecha de la catedral, se yergue la Cruz.

No quiero permanecer más tiempo aquí, porque conozco que voy á derrumbarme. Yo no soy nada, nada, nada, y tú, ¡oh Cristo! sigues siendo Rey del mundo.

Mientras te reconoce toda la humanidad, mi nombre va disipándose poco á poco; y aunque se ha extendido tanto la enseñanza, al verme la gente se pregunta: «¿Quién es ese que está ahí?»

¡Sé maldita, gente de París, que me has puesto en tanta humillación! Como yo, también tú has perdido el tiempo. ¡Y maldito sea yo mismo!

III

Un hortelano malvado:

¡Calle! Durante la noche ha desaparecido el retrato del tío aquel que pusieron aquí. Dios sabe quién es y por qué. ¿Si se habrá muerto de frío?

Un vecino, despertándose:

¿No han oído ustedes esta noche mucho ruido, ruido como si bajaran hierro viejo por la calle de los Matarifes?

IBO BERTHOU.

BIBLIOGRAFIA

LECTURAS CATOLICAS.—Hemos tenido el gusto de recibir los números 105 al 108 inclu-

sive de estas LECTURAS que publican mensualmente los RR. PP. Salesianos de Sarriá (Barcelona). Los constituyen la obra francesa de Praga titulada: POBRE NIÑA (dos tomos), la Biografía de D. Camilo Ortuzar, y las AVENTURAS DE LOS MISIONEROS ENTRE LOS INFIELES. Los dos primeros tomos cuestan 0'75 ptas. en rústica y los otros dos á 0'50 cada uno. Esta publicación además de su mérito literario tiene el de servir de fundamento á la obra de caridad de los PP. Salesianos educadores de los niños pobres á los cuales dedican á varios oficios entre otros al de la imprenta.

UNA PENITENCIA, novela histórica original de José Ciurana y Maijó con una carta prólogo de Joaquín Borrás y de March—Reus, 1903 =2 pesetas.

VIDA POPULAR DE SAN ANTONIO DE PADUA y medios para propagar su culto entre los fieles por el P. Samuel Eijan, O. F. M.; con las licencias necesarias.

DESPERTAR ANTONIANO, devocionario completo de los asociados de la Pía Unión de San Antonio de Padua por el mismo autor—Barcelona, 1903.—Gustavo Gili, editor.

ARTE DE CUIDAR A LOS ENFERMOS, manual teórico práctico para uso de las familias en general y de las religiosas en particular, por L. Grenet—Barcelona, 1903.—Gustavo Gili, editor.

Confesamos ingenuamente que al leer el título de esta obra y enterarnos de la cualidad de su autor, creímos hallar en ella una serie de consejos más útiles para el alma que para el cuerpo pero comenzada su lectura bien pronto nos convencimos de su importancia médica pues desde las primeras páginas manifiesta el autor una perfecta competencia de la materia que trata con un lenguaje claro, sin tecnicismos, como exige la índole de los lectores á quienes se dirige; pero exacto y científico expone cuanto interesa conocer á las personas encargadas de asistir enfermos.

M. Grenet hace muy bien constar que el objeto que se propone en su obra no es de ningún modo sustituir al médico si no enseñar á la enfermera á cumplimentar debidamente sus prescripciones.

Consta la obra de dos partes, la primera trata de los cuidados referentes al cuerpo y la segunda de las concernientes al alma muchas veces, como dice el autor, más enferma que el cuerpo y siempre olvidada.

Recomendamos á nuestros lectores esta obra cuya utilidad se reconoce con solo recordar la solicitud con que deseamos ser atendidos en nuestras enfermedades.

LA LECTURA POPULAR

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de correspondal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Pasé, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.